

UN MAL DIA LO TIENE CUALQUIERA.

La crisis económica no le había tocado de lleno. Gracias a Dios él había seguido trabajando, había seguido llevando el sueldo a su casa. Pero eso sí, había disminuido de una forma considerable y, lejos de comprenderse la situación por parte de su familia, se hizo verdad el dicho de que cuando el dinero sale por la puerta, el amor lo hace por la ventana.

Había muchas discusiones y aquella noche la cosa no fue distinta. Todos contra él. Trataba de defenderse, pero era igual. Insistían e insistían, cada uno con sus historias, con sus necesidades. Las únicas que no importaban eran las suyas. Así que decidió irse a dormir a ver si así, con un poco de suerte, cuando su mujer llegase a la cama le encontraría dormido y, al menos, no le volvería a "dar la vara".

Las cosas que rondaban por su cabeza no le dejaron dormir pero fingió bien y no le molestaron más. Se levantó de madrugada, haciendo el menor ruido posible. No tomó nada y salió sin molestar a nadie. Se dirigió al bar que había enfrente de su casa. Pidió un cafetito solo mientras miraba las noticias de la tele. La presentadora informaba en ese momento de los números del sorteo de la bonoloto. El tres, el doce, el diecisiete, el cuarenta, el cuarenta y dos y el cuarenta y tres. Complementario el seis.

El camarero le puso su café. Un euro. Así que con el euro restante de la moneda con que se disponía a pagar decidió jugar una bonoloto. Una apuesta de las de máquina, a ver si tenía un poquito de suerte. Recogió el resguardo, miró los números. El dos, el nueve, el quince, el dieciséis, el veintidós y el treinta y cinco, se lo metió en el bolsillo de la camisa y salió en dirección hacia la obra. Hoy había que acabar de desmontar el andamio que semanas atrás habían colocado para arreglar la fachada de una antigua casa señorial cerca del castillo de Portillo.

Llegó a la caseta de obra, se colocó el mono encima de la ropa, el casco y, al tajo. Trepó por la escalera del andamiaje hasta el piso superior y, cuando llegó arriba se dio cuenta de que se había dejado la herramienta. ¡Vaya fastidio!. Bajar y otra vez a subir los seis metros de altura.

No le gustó mucho al encargado. Calló, pero hizo ver su mal gesto. Todo transcurría normalmente hasta que nuestro protagonista dejó caer un martillo que pudo provocar un grave accidente a unas vecinas que se dirigían a la panadería situada en esa misma calle. Esto provocó las iras de su jefe, quien le echó una buena bronca, una bronca tan tremenda como el daño que podía haber causado. Pidió disculpas y así quedó la cosa.

Llegó la hora del almuerzo. El momento propicio para que se calmaran los ánimos. Julián, que así se llamaba nuestro protagonista, con esa voluntad de escapar de casa sin ser oído, de no causar molestias, se había olvidado su bocadillo. Ese tentempié que supuestamente le habría dejado su esposa junto con una manzana y una botellita de agua.

No lo dio demasiada importancia. Tras la discusión con el encargado prácticamente se le había quitado el hambre. Tiró sin problema hasta la hora de comer pese a que un par de compañeros le invitaron a compartir sus bocadillos.

A la una de la tarde, a comer. Acudieron al restaurante ubicado en las cercanías de la obra para dar cuenta del menú del día que generosamente, pero aplicándolo en concepto de dieta, abonaba la empresa. Hoy tocaba un primero a base de legumbre y un segundo de carne o pescado, a elegir.

No le desagradaba pero con el hambre que tenía le hubiera dado lo mismo comer cualquier cosa. Se sentó junto con sus compañeros y se dispusieron a dar cuenta de las lentejas estofadas. Estaban bien calentitas, sentarían bien al cuerpo. La comida transcurrió tranquila. La conversación estuvo animada, charlaron sobre donde les mandarían una vez acabaran la obra. Por suerte no les faltaba el trabajo. Pidieron café y cuando la camarera se dirigía hacia su mesa tropezó y derramó las consumiciones encima de los comensales. La peor parte le tocó a Julián, que así se llamaba nuestro protagonista, pues el golpe del café caliente por el cuerpo no es muy agradable que digamos. La camarera, desde luego, quedó disculpaba pues el porrazo que se dio fue "de nivel tres" medido en la escala de caídas.

Volvió al trabajo y al rato de estar en ello, la mala suerte hizo que se pillara la mano con un enganche de los andamios. Tuvieron que trasladarle al centro de salud para que le cosieran la herida. Un corte profundo que propició un aparatoso vendaje y un cabestrillo para llevar la mano en alto. El encargado, el mismo con el que había discutido por la mañana, y que le llevó para que le prestaran atención médica, esperó a la cura y se dispuso a llevarle a casa en su coche ya que Julián no podía conducir.

Salieron del centro de salud y a la altura del cruce de las calles Camino de la Bomba y Carretera de Carramonte, la mala suerte de un mal día hizo que a la salida del stop, un vehículo que venía lanzado por el lado izquierdo no se percatara del vehículo en el que viajaban los albañiles colisionando fuertemente con él, ocasionando un grave accidente del que los ocupantes no salieron nada bien parados.

A la mañana siguiente, en el mismo bar del barrio en el que el día anterior nuestro protagonista había tomado su café, el presentador del telediario informaba sobre los números de la bonoloto del sorteo celebrado la noche anterior. El dos, el nueve, el quince, el dieciséis, el veintidós y el treinta y cinco. Complementario el seis.

Julián no pudo celebrarlo. No podía haber sido de otra manera.